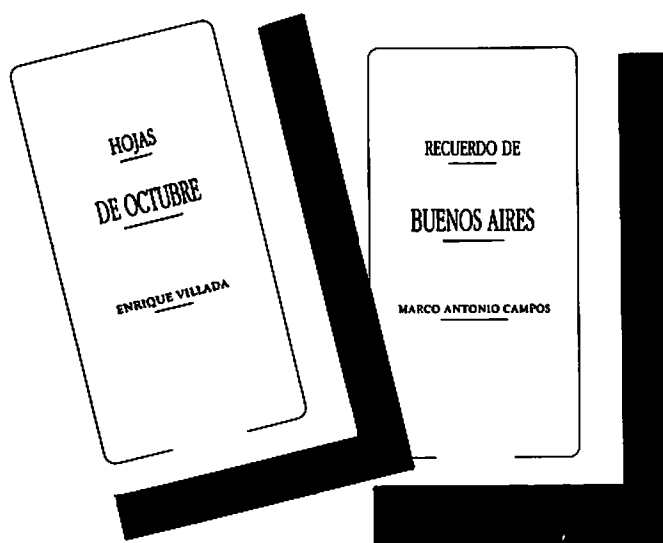


Dos cuadernos

Antonio Cajero



Algunos libros buscan la extensión como alivio –no importa el género a que correspondan–, otros se contentan con ser concretos, brevísimos a veces. Por más que se quiera detener, la escritura deviene mar o río, bosque o jardín: una nece[si]dad individual, social, terapéutica o lúdica marca los límites del texto. En todo caso, los editores deben adecuarse a estos imprevistos de la producción literaria.

Así, la colección *Cuadernos de Malinalco*, del Instituto Mexiquense de Cultura, tiene como característica principal la brevedad de las obras publicadas. Los *Cuadernos* de la nueva época poseen una extensión que oscila entre las cuarenta y las sesenta páginas. Asimismo, debe destacarse que los colaboradores de esta serie ocupan un lugar dentro de la literatura mexicana contemporánea: Vicente Quirarte, Eugenio Aguirre, Beatriz Espejo, Carmen Rosenzweig, Margo Glantz, entre otros. Aquí sólo se hará referencia a dos: Enrique Villada y Marco Antonio Campos.

La poesía

En *Hojas de octubre* Enrique Villada reúne poemas atiborrados de esperanza. La ironía, uno de los tópicos más trabajados por este poeta del Estado de México, también surca las páginas del libro citado. Ante los demás, la voz lírica se llena de un halo esperanzador:

Antonio Cajero. Poeta. Licenciado en Letras Latinoamericanas. Becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes en la rama de Letras. Ha colaborado en varios diarios locales y nacionales. La editorial La Tinta del Alcatraz publicó su libro *Espejo de agua*.

Inventaré juguetes para ti

el papel encantado
la tinta en sus espumas litorales
la música
el olfato
que recorren los signos de las hojas

la muñeca de trapo
la poesía
un libro de Sábines
y otro libro de soles
ay de Octavio
que dé vuelta en tu pelo

la veloz bicicleta
con manubrios de plata
que vaya entre los campos de violetas.

El futuro de indicativo y el presente de subjuntivo (“Inventaré”, “que dé”, “que vaya”) hablan por sí solos. Es éste un libro dedicado a la vida, presente y futura.

Ante sí, el sujeto lírico se muestra irónico, es en ocasiones la ironía:

No quiero hablar del día en que se fue (el corazón juega fútbol en el vacío)
pero cuando lo encuentre cuando vuelva del mar y se asome a mi tumba le diré: “Esta es la prueba de que existo ya ves que me estoy riendo”.

Ya en *Palabras para un viaje* (FONCA, 1995) Villada anuncia la imagen anterior: “¿Qué es uno para sí mismo?/Una carcajada un abismo”. El poeta no se burla de sí únicamente, propone que el mismo lector ría del propio rostro en el espejo y, por lo tanto, de la vida y de la muerte al mismo tiempo.

Hojas de octubre, tercer poemario de Villada, está constituido por cinco apartados: “Ventanas”, “Hojas de octubre”, “Celebración del hijo de la luna”, “Lluvia” y “Ala de luna”. En el primero la casa y sus habitaciones, a través de la relación sinecdótica ventanas-casa, aparecen como el laberinto –aprendido de memoria– donde la pareja comparte amor y desamor, intimidad en que el ser vuelve la vista a su propia soledad:

Es una casa para solitarios habitada por dos
con un canario que canta cuando está dormido

.....
No hay mucho qué contar acerca de nosotros
aparte de que somos dos nos conocemos poco
Como imágenes rotas en un espejo negro
esperamos reunirnos en el canto feliz del canario enjaulado.

Ella y él aguardan que “los lectores se hayan ido” para compartir
“la voz desnuda / su palabra”.

“Hojas de octubre” es un canto a la mujer amada, en la
recámara y en la cocina, “en tu costado/como higo encendido/
mi corazón creciendo”; en estos versos el yo lírico muestra el ir
y venir junto a la pareja, como si fueran uno solo.

El tercer apartado, “Celebración del hijo de la luna”, resulta
ser el más bello. Está inundado de amor. Aquí el poema emerge
al ritmo del corazón acompasado:

Eres un sol violento
el grito de un volcán
un perrucho tiernísimo

un fauno juguetero
bebiéndose a la luna.

“Lluvia” es una serie de cinco poemas donde el sujeto lírico se
hunde en la nostalgia; la lluvia, su sonido, se vuelve un puente
entre pasado y futuro. Éste es el presente, “las catástrofes
futuras” que anunciaba el “compás líquido de los relojes”. La
memoria, entonces, exige el retroceso del tiempo, súplica inútil
de quien, como el caracol, sufre “la augural mudanza de ir
muriendo”:

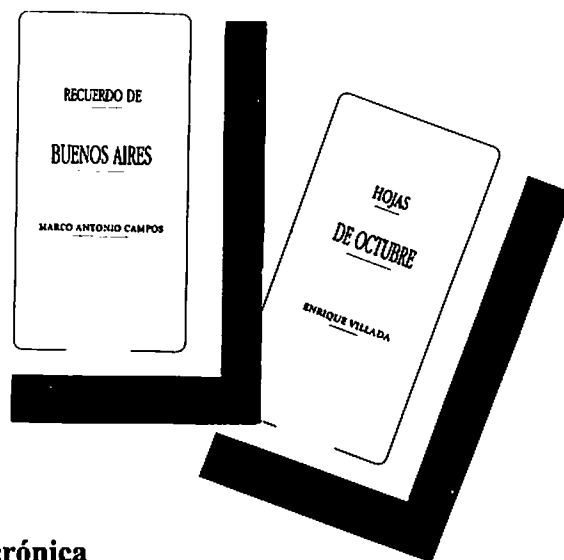
Devuélveme la dicha
del niño amedrentado por el polvo
del que no vio gorriones
sino peces de fuego
en el anzuelo de las ramas
y regresó a su casa
con asombro
para contar parvadas de ángeles

Por último, “A la de luna” vuelve a los amantes; mas ahora la
declaración y la renuncia permea, alternadas, los seis poemas
que conforman este quinto apartado. Todo concluye en una
orden; así culmina también la doble faz, el dilema:

Revoca la sentencia de perderla
o morirás dos veces:
una por cada soledad que cargas.

Hojas de octubre, aunque retoma temas de *Estuario luminoso*
(CTE, 1985) y reproduce versos completos de *Palabras para un
viaje*, muestra el oficio de poeta, tiempo completo de un hombre
por (y para) la poesía.

Como ya es costumbre en el IMC, la edición es bastante
respetable; pero falta uniformar criterios de corrección: ¿se
acentúan gráficamente las mayúsculas o no? (pp. 16 y 18) ¿Es
“acesante” o *acezante*? (p. 59)



La crónica

El texto de Marco Antonio Campos, *Recuerdo de Buenos Aires*,
es una excelente crónica desde los setentas hasta nuestros días
sobre Argentina. Se trata de un recorrido físico y mental por “la
ciudad de Borges” y de Arlt y de Cortázar y de Sábato y de Bioy
y de Walsh.

Campos lleva al lector de paseo. Y en cada paso se asume la
crítica como recurso intelectual: va del lenguaje —el léxico
específicamente bonaerense— a la denuncia contra los regímenes
militares (y sus prácticas represivas) que padecieron los argen-
tinos durante los setentas y principios de los ochentas. Pasa por
las (malas) costumbres viales, los cafés (“confiterías”), las
librerías, la Plaza de Mayo, la prensa y otras estaciones dignas
de ser visitadas mediante la lectura de *Recuerdo de Buenos Aires*.

Bajo en el aeropuerto. No sé por qué recuerdo y me vienen
imágenes de fotografías del regreso de Perón en 1973, cuando
los peronistas se mataron aquí entre sí.

Esta es la técnica de Marco Antonio Campos: el presente (futuro
del pasado) vuelve a los días más aciagos de Argentina.

Para mí ese fue el inicio simbólico de la gran pesadilla histórica
de los argentinos, que continuaría en el gobierno de Isabel
Perón y llegaría a los abismos más siniestros en los años del
Proceso (1976-1983).

En la capital argentina las paredes ni hablan ni gritan ni sugieren,
y así lo anota Campos: pocas veces se vislumbra la inteligencia
o la ironía. Según el polígrafo, los argentinos usan las “pintadas”
para expresar insultos o frases ininteligibles; se tiene la im-
presión, como en México, de que “sólo ensucian bardas y
edificios”. Todo lo contrario sucede en Montevideo, dice Cam-
pos.

Es destacable en *Recuerdo de Buenos Aires* cómo gradual-
mente se aborda la personalidad de los argentinos; después de
leer este libro queda la impresión de que nos hemos conformado
con la visión estereotipada del semidiós autonombrado o el
cuasieuropeo o yanqui: “Y la imagen se rompió”. ¿No es lógico
que Narciso se aterre con la imagen degradada de sí mismo?
Cómo no se iba a romper la imagen después de las múltiples
asonadas de los *gorilas* y la represión y los desaparecidos:
“cuchillo que no deja de abrir la llaga”, como la ronda eterna de
las Madres y las Abuelas de la Plaza de Mayo. Ésta representa
la lucha contra el olvido, muestra viviente de los años de la
represión militar.

Casi una tercera parte de *Recuerdo de Buenos Aires* está dedicada a los desaparecidos, porque

Desaparecido significa triplemente muerto: quien desapareció padeció la tortura, que es la muerte en la muerte, padeció la muerte física, y por último, parientes y allegados padecieron la muerte de imaginarlo vivo.

Además puede decirse que lo dicho en el texto comentado es extensivo a toda Latinoamérica:

Por un país hermano, por un país nuestro, por una América Latina democrática y pura y unida, nunca más, nunca más, nunca más.

NUNCA MAS.

Campos compromete su escritura, se compromete a sí mismo; más: toma como bandera la fuerza de las palabras, testigos vivos después de los tanques y los fusiles y las bayonetas.

Otra pregunta para los correctores: ¿“han habido” o *ha habido*; “habían infinidad de balas” o *había*? Δ

Enrique Villada, *Hojas de octubre*, IMC, Cuadernos de Malinalco 8, Toluca, 1995, 63 pp.

Marco Antonio Campos, *Recuerdo de Buenos Aires (La ciudad de Borges)*, IMC, Cuadernos de Malinalco 11, Toluca, 1995, 42 pp.

